

La Revolución cubana de cara al desafío ideológico de la «vía chilena al socialismo» (1959-1973)*

por

Rafael Pedemonte¹

Universidad de Poitiers

Mediante un conjunto de fuentes inéditas (informes diplomáticos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba y entrevistas efectuadas por el autor en Cuba y Chile), el presente artículo se interroga sobre la interpretación cubana del proyecto de la «vía chilena al socialismo», personificada por Salvador Allende, presidente entre 1970-1973. A través del análisis de diversos comentarios y evaluaciones, este trabajo muestra que el interés cubano por ponderar la viabilidad de la vía pacífica hacia el socialismo se manifestó a lo largo de toda la década de 1960, y no solo a partir de 1970, año del triunfo electoral de la Unidad Popular. El camino trazado por Allende y parte de la izquierda chilena parecía contradecir los ejes de la narrativa revolucionaria estampillada a la luz del pasado insurreccional de la isla. En ese sentido, imperó en Cuba un cierto pesimismo respecto a las posibilidades de éxito de la «vía chilena», pesimismo confirmado con el golpe de Estado de 1973.

PALABRAS CLAVE: *Revolución cubana; «Vía chilena al socialismo»; Unidad Popular; Fuerzas Armadas; Guerra Fría; Imperialismo.*

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO / CITATION: Pedemonte, Rafael, “La Revolución cubana de cara al desafío ideológico de la «vía chilena al socialismo» (1959-1973)”, *Revista de Indias*, LXXXII/286 (Madrid, 2022): 859-892. <https://doi.org/10.3989/revindias.2022.026>.

No hagas castillos en el aire, María, la legitimidad es consecuencia de la audacia. Lo que empieza siendo una nota disonante termina armonizando. El cristianismo era perseguido en Roma y ya ves, dura desde hace veinte siglos como suma de

* Quisiera agradecer a mi amigo y colega Carlos Willatt, quien no solo leyó el presente trabajo, sino que compartió conmigo múltiples discusiones sobre las implicancias actuales del tema abordado en estas páginas.

¹ rafael.pedemonte@univ-poitiers.fr, ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0003-3799-4478>

legalidades. Los apóstatas del siglo quince son hoy cabezas respetadas de las iglesias protestantes. Estás ahí diciendo que si la democracia y esto y lo otro. Los demócratas eran llevados al potro de tortura en el siglo dieciocho por los nobles franceses. Toda intención ilegítima termina siendo la legalidad si insistes en ella el tiempo necesario y encuentras bastantes buenas razones. ¿Te has puesto a pensar que todos los reyes no son en su inicio más que pastores o cazadores a los que la necesidad ha hecho guerreros y en la guerra han demostrado cualidades excepcionales que los han llevado al reinado? Piensa en la monarquía británica, santa y buena, estable, sólida, respetable, tradicional hasta el exceso, el colmo de la legalidad; bueno, pues detrás de todo eso hay asesinatos, traiciones, parricidas, incestos, conspiraciones. Toda herejía termina siendo ortodoxia. El poder es la razón porque ennoblece lo que toca².

La llegada al poder de Salvador Allende en 1970 —un presidente autoproclamado marxista que prometía iniciar la construcción del socialismo en Chile— puso a la Revolución cubana ante el espejo de un nuevo paradigma revolucionario que se proponía alcanzar, por caminos diferentes, un mismo horizonte ideológico. Si bien tanto la mayoría de los integrantes de la Unidad Popular (UP) compartían con los cubanos una común identificación con un ideal de sociedad futura, la «vía chilena al socialismo» engendró no pocas dudas en la isla, donde los esfuerzos de la coalición de izquierda liderada por Allende fueron observados con una mezcla de expectación y escepticismo, en altas dosis. Las reticencias de La Habana hacia este nuevo modelo revolucionario estaban ancladas en una arraigada convicción según la cual una auténtica transformación social solo podría desencadenarse mediante una ruptura radical —por consecuente, no exenta de violencia— con las estructuras «burguesas» de los años pre-revolucionarios. Esta certeza, albergada por las autoridades cubanas, así como por un amplio sector de la población caribeña que había asimilado la doctrina política del Gobierno de Fidel Castro, obedecía a un «ethos» revolucionario enraizado y radical; a una «mentalidad guerrillera»³ que, como veremos, orientó las representaciones y expectativas relativas a la «vía chilena» desde el alba de la Revolución cubana hasta después de la caída de Allende en 1973. Este imaginario dominante hacía reposar su legitimidad en los años de lucha insurreccional contra Fulgencio Batista (1952-1959), durante los cuales la estrategia armada terminó por imponerse progresivamente como la línea de acción prioritaria del bloque opositor, y se erigió en una poderosa brújula mental mediante la cual los cubanos interpretaban los sucesos domésticos e internacionales.

En efecto, a partir de 1959, y en la medida en que la posición del castrismo se consolidaba, el discurso oficial logró inculcar una narrativa revolucio-

² Otero, 1975: 250.

³ Kapcia, 2000: 184.

naria con pretensiones universalistas cuya aspiración última consistía en impulsar la creación del «hombre nuevo» en un marco de bipolaridad ideológica. Fueron justamente estos principios, que ponían el acento en la inevitable agresión del enemigo imperialista (Estados Unidos, EE. UU.) y en el recurso necesario a la violencia revolucionaria, los que moldearían las interpretaciones relativas a las vicisitudes del Gobierno de Allende (1970-1973), al que gran parte de los observadores cubanos le atribuía pocas chances de imponer su travesía no armada hacia la revolución. El proyecto «constitucionalista» de la UP aspiraba a allanar la transición hacia el socialismo por medio de una transferencia paulatina de poder hacia clases antes marginalizadas en desmedro de las élites tradicionales, así como mediante la edificación de una economía planificada. Para Allende, estos cambios debían impulsarse en un marco de división de poderes, pluralismo político y libertades básicas⁴. Esta agenda ambiciosa y carente de referentes históricos colisionaba con el imaginario revolucionario más beligerante que predominaba en Cuba. Consciente de la singularidad de su programa, los adeptos de la «vía chilena» fundamentaban sus esperanzas en los rasgos propios del sistema político del país sudamericano, una democracia constitucional relativamente estable y que había permitido a los partidos de izquierda (con la excepción del periodo 1948-1958) obtener una robusta representación parlamentaria⁵.

Si bien en Chile, no pocos militantes de izquierda ponían en tela de juicio los valores de esta democracia constitucional⁶, tanto un segmento del Partido Socialista (PSCh), con Allende a la cabeza, como el Partido Comunista (PCCh) mantenían la convicción de que era posible, mediante los espacios que dejaba la «democracia burguesa», hacer progresar la causa del socialismo sin recurrir a la violencia. En su primer mensaje al Congreso Nacional en 1970 en calidad de presidente, Allende elevaba a Chile al estatus de «primera nación en la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista»⁷. Al hablar de «segundo modelo», el jefe de estado invocaba implícitamente un «primer modelo», vinculado a la vía insurreccional revolucionaria, desencadenante de las grandes empresas socialistas del siglo XX, en particular, la Revolución cubana. Si bien Allende fue desde los albores del Gobierno castrista uno de sus más entusiastas admiradores, siempre se cuidó de distinguir la diversidad

⁴ Riquelme, 2009: 81-82.

⁵ Harmer, 2020: 9-12.

⁶ Uno de ellos, el senador socialista Alejandro Chelén, criticaba luego de un viaje a Cuba la «democracia parasitaria» chilena y negaba la existencia de la supuesta superioridad cívica de su país. Chelén, 1960: 30-38.

⁷ Citado en Amorós, 2013: 342.

de caminos posibles hacia el socialismo, postura que remitía, según los cubanos, a una cierta ingenuidad ideológica. En efecto, la experiencia de los años pasados y las enseñanzas de la lucha anti-batistiana hacían difícil imaginar el trance exitoso de la «revolución pluralista» de la UP.

Múltiples eran las divergencias que suscitaban los reparos de los antiguos guerrilleros. A las visiones contradictorias sobre las posibilidades reales que ofrecía para la izquierda la democracia chilena, se añadía el candente dilema del control de la fuerza. Mientras que Fidel Castro logró erigir un Ejército paralelo al de Batista, el presidente Allende se mantuvo firme en su propósito de respetar las estructuras castrenses, a las que, en vez de remplazar por un cuerpo moldeado a sus intereses, deseaba sumarlas a su proyecto transformador⁸. Junto con la voluntad de preservar la autonomía de las Fuerza Armadas, la intención de Allende de frenar la preparación armada del pueblo también generaba resquemor en los cubanos, quienes desde comienzos de la década de 1960 habían visto pulular en la isla vastos conjuntos de milicias populares, a las que se les atribuía una tarea de defensa de la revolución. Así, si bien la prensa en Cuba y el propio Castro manifestaban un respaldo sincero y a veces efusivo hacia la UP, el pesimismo no hizo más que ahondarse en la medida en que parecía evidente que Allende estaba determinado a preservar, contra viento y marea, los fundamentos de su proyecto no armado hacia socialismo.

En énfasis tradicional que se ha puesto en los años 1970-1973, cuando la «vía chilena» se tradujo en una experiencia concreta de gobierno, nos hace a menudo olvidar que este proyecto ya contaba con resueltos adherentes antes de la victoria electoral de la UP. Una de las mayores contribuciones del presente artículo es el deseo de explorar las primeras reacciones que la «vía no armada» suscitó en la Cuba revolucionaria y con respecto a las cuales hemos trazado una continuidad que se despliega a lo largo de toda la década de 1960 hasta desembocar en los «1.000 días» de la UP. En efecto, además de Allende, incasable candidato a los comicios presidenciales desde 1952, el PCCh era la organización que con más ahínco respaldaba en Chile la tesis de la «vía pacífica al socialismo», al menos desde que el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS de 1956 planteara la factibilidad de un tránsito no violento para superar el capitalismo. Fue a partir de ese momento que el comunismo chileno asumió esta línea, la que, junto con la necesaria unión con el

⁸ Óscar Guillermo Garretón —importante dirigente político que en tiempos de la UP mantuvo una mirada crítica respecto a la insistencia por respetar los principios de la vía institucional— recuerda que la «política militar fundamental» de Allende «era no creer en la lucha armada de un ejército militar, sino en la necesidad de ganar a las fuerzas militares regulares». Entrevista con Óscar Guillermo Garretón, Santiago, 18/10/2017.

PSCh, se colocó en el centro de la doctrina partidista de la década de 1960⁹. Una de las originalidades de este artículo estriba justamente en la atención prioritaria que brindamos al periodo anterior a 1970, desvelando así que los cubanos albergaban ya desde comienzos de los años 1960 un conspicuo interés respecto a los derroteros de la opción institucionalista¹⁰.

Antes de iniciar nuestro análisis sobre la mirada cubana hacia el itinerario constitucionalista abrazado por un vasto sector del marxismo chileno, precisemos que —como lo han demostrado muy buenos trabajos historiográficos—¹¹ los debates respecto a las tácticas para transitar hacia el socialismo eran recurrentes en Chile, país donde, en palabras de Julio Pinto, la izquierda se fraccionó en dos corrientes fundamentales: una tendencia «gradualista», favorable al uso del marco institucional para progresar hacia el horizonte revolucionario, y un eje «rupturista», escéptico respecto a la eficacia de la «vía no armada». Si bien estas diferencias ideológicas permanecían ancladas en las tradiciones de la política local, no cabe duda de que el «precedente cubano», ensalzado por las facciones más radicales, ejercía un efecto inspirador¹², nutriendo y exacerbando las contradicciones locales. La historiadora Tanya Harmer ha sido una de las especialistas que con mayor minuciosidad ha estudiado la dinámica de agudización de las brechas en el marxismo chileno al compás de la seducción creciente ejercida por el nuevo paradigma cubano. Ilustrando este fenómeno con el caso evocador de Beatriz Allende, hija del futuro presidente, que sin embargo se escoraba mayormente hacia el sector «rupturista». La británica muestra con brío cómo una nueva generación de militantes de izquierda ilusionados por los presagios revolucionarios irradiados desde la isla (y amparándose en parte en la crítica castrista, en parte en las derrotas electorales de Allende en 1958 y 1964) comenzó a cuestionar el carácter presuntamente excepcional de la democracia chilena y, por ende, a poner en entredicho la viabilidad del camino pacífico hacia la toma del poder¹³. Así, nuestro esfuerzo por subrayar la representación cubana de los altibajos de la «vía chilena» nos parece imperioso, ya que aportará nuevas luces sobre el escenario global en el que se desplegaron las tensas discusiones en el seno de la izquierda chilena.

⁹ Moulian, 2005: 45.

¹⁰ La mayor parte de los trabajos que indagan con seriedad en las relaciones Chile-Cuba tienden naturalmente a enfocarse en los años de la UP, periodo durante el cual los vínculos recíprocos fueron más fecundos.

¹¹ Merece ser destacado el libro de Casals, 2010.

¹² Pinto, 2005.

¹³ Harmer, 2020: 12 y 33. Este libro, fruto de una impresionante pesquisa documental, revela también el impacto que tuvo para Beatriz Allende sus reiterados viajes a Cuba, donde llegó incluso a recibir entrenamiento militar antes de 1970.

En un primer momento, este trabajo se adentrará en las raíces que conformaban el imaginario cubano de los años 1960 y observará en qué medida esta «mentalidad guerrillera» presentaba serias contradicciones con el camino de los simpatizantes de la «vía pacífica». Una serie de testimonios darán cuenta de la intensidad de estos desencuentros ideológicos, palmarios desde los primeros meses de la Revolución cubana. Habiendo discernido continuidades antes y después de 1970, un segundo acápite se inclinará por analizar la visión de los cubanos de cara al despliegue de los «1.000 días» del Gobierno de Allende, lo que nos permitirá constatar que las primeras señales de esperanzas azuzadas por la victoria electoral del candidato socialista no fueron suficientes para disipar el pesimismo cubano, sino que dieron paso de manera expedita a una visión menos aliciente, en sintonía con los reparos de largo aliento en torno a la «democracia burguesa». Este rápido desencanto fue acompañado de intentos por convencer a Allende de la necesidad de «acelerar» el proceso de transformación y blindarse ante una reacción hostil que no tardaría en manifestarse. Así, para muchos en la sociedad cubana, la caída del presidente en La Moneda en septiembre de 1973 no advino como una sorpresa, sino que el desenlace golpista vino a confirmar, con impotente resignación, lo que parecía una muerte anunciada por los numerosos errores estratégicos en los que había incurrido la UP. La tercera y última parte de este artículo esclarecerá la naturaleza particular del relato predominante en Cuba relativo a los sucesos del 11 de septiembre; una representación forjada de la mano del discurso encandilador de Fidel Castro y que se ajustaba a los paradigmas del «ethos» revolucionario preponderante, el que parecía salir fortalecido con la suerte trágica de la «vía chilena».

Como lo hemos esbozado, el hilo conductor que articula las tres secciones del presente artículo es la representación cubana de las esperanzas y tribulaciones experimentadas por la «vía chilena al socialismo» en sus diversas etapas: antes, durante y después de su plasmación en experiencia de gobierno. Observaremos que, a pesar de los vaivenes del marco político chileno en los años 1960 y 1970, podemos discernir una cierta continuidad en la visión cubana, cuyo pesimismo orgánico respondía al anclaje de la «mentalidad guerrillera» forjada en tiempos de la lucha anti-batistiana. Para llevar a cabo este análisis, hemos aunado un caudal inédito de fuentes primarias y testimonios orales. Una interpretación similar podría haberse elaborado a través de una consulta sistemática de la prensa de la isla. No obstante, si bien hemos recurrido a algunas fuentes periódicas, hemos privilegiado el examen minucioso de los informes y correspondencias emanados del «fondo Chile» del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (AMINREX). Este vasto

conjunto documental, que atañe al periodo 1959-1974, fue explorado durante nuestras estadias de investigación en La Habana en el 2018 y 2019, años en lo que pudimos también entrevistar a una serie de actores cubanos que se vieron involucrados en el desarrollo de las relaciones con Chile durante la Guerra Fría. Las posibilidades de la historia oral, metodología fundamental del presente trabajo, fueron enriquecidas gracias a nuestros intercambios con importantes representantes de la izquierda chilena en tiempos de la UP.

Por otra parte, los trabajos ya realizados que atañen a los lazos entre Cuba y Chile también han sido una fecunda fuente de inspiración para nuestro análisis. Aunando esencialmente fuentes diplomáticas chilenas, el historiador Joaquín Fernandois fue quien inició en los años 1980 una tradición de estudios sobre los principales aspectos de las relaciones bilaterales, así como sobre la política exterior de La Habana en dirección al Gobierno de Allende¹⁴. Estos incipientes esfuerzos han sido complementados más recientemente gracias a los valiosos trabajos de Jonathan Haslam¹⁵, Eduardo Labarca¹⁶, Eugenia Palieraki¹⁷, Ricardo Pérez Haristoy¹⁸, Rafael Pedemonte¹⁹, Dirk Kruijt²⁰ y, sobre todo, Tanya Harmer, quien se ha encargado de aplicar una auténtica perspectiva transnacional para diseccionar lo que ha denominado la «Guerra Fría interamericana»²¹ y, en particular, las influencias cubanas en el Chile de la UP. Si bien estos trabajos han logrado dar grandes zancos en el campo de la historiografía de las interacciones recíprocas cubano-chilenas, la mayoría pone bajo la lupa los años de administración allendista, relegando a un segundo plano los antecedentes de la década de 1960 que nuestro trabajo se esfuerza en escudriñar. Mediante el uso de las fuentes originales ya descritas y de la incursión en los años pre-Allende —así como a través de nuestra insistencia sobre los componentes ideológicos en los sucesos coyunturales o los intercambios netamente diplomáticos— esperamos haber propuesto una mirada renovada que constituya una auténtica contribución a las interrogantes y desafíos levantados por las contradicciones entre la «vía chilena al socialismo» y la «mentalidad guerrillera» cubana.

¹⁴ Fernandois, 1982; 1985.

¹⁵ Hasman, 2005.

¹⁶ Labarca, 2014.

¹⁷ Palieraki, 2014.

¹⁸ Pérez Haristoy, 2019. La obra de Ricardo Pérez Haristoy tiene el mérito de recopilar una serie de fuentes diplomáticas cubanas relativas a Chile, brindando a los investigadores una valiosa base documental para futuras prospecciones en la materia.

¹⁹ Pedemonte, 2020.

²⁰ Kruijt, 2017.

²¹ Harmer, 2011; 2020.

LA REPRESENTACIÓN CUBANA DE LA «VÍA CHILENA» EN SU FASE DE CONSTRUCCIÓN

Como ha sido subrayado por connotados teóricos de los procesos revolucionarios, la elaboración de un sistema de mitos, de una «narrativa persuasiva de resistencia»²², capaz de remitirnos a un pasado fundador e idealizado, constituye un factor crucial para la consolidación del proyecto revolucionario y la asimilación de los imperativos ideológicos de la nueva era²³. Si la Revolución cubana, como lo plantea John Foran, ha logrado sobrevivir a pesar de innumerables obstáculos, se debe, en parte, a la capacidad de sustentar un proyecto de cambio mediante «una vibrante cultura política de resistencia y oposición»²⁴. Si bien durante los años de la dictadura de Batista coexistían diversas estrategias respecto a la vía adecuada a adoptar para derrocar al régimen, fue finalmente el camino insurreccional, asociado al liderazgo de Fidel Castro, el que logró imponerse²⁵. Así, con el objeto de legitimar en el poder a las nuevas autoridades, la narrativa oficial del poder revolucionario privilegió desde temprano un imaginario que elevó las acciones armadas —en particular aquellas asestadas por el Movimiento 26 de Julio (M-26)— como los factores estratégicos determinantes del advenimiento de la revolución, creando una persistente «mentalidad guerrillera». Como ha sido ya demostrado por algunos buenos trabajos de investigación²⁶, el relato centrado en las acciones de la Sierra Maestra, si bien ha resultado funcional para la consolidación del poder castrista que de ahí emerge, no logra dar cuenta de la complejidad de la etapa insurreccional, durante la cual se fraguó un multifacético frente opositor implantado tanto en áreas rurales como urbanas. En efecto, la tesis del «foquismo» concebida por Ernesto Guevara y que reafirmaba la idea de la inevitabilidad de la lucha armada campesina, consagraba a la «Sierra» (el foco rural, la guerrilla) como el motor ineluctable de la revolución en territorio latinoamericano, difuminando el rol, también clave, que los movimientos de resistencia cívica²⁷ jugaron en la caída de Batista. Esta crítica ha comenzado

²² Goldstone, 2014: 19.

²³ El teórico que más lejos ha ido en su afán por subrayar «el rol poderoso y persuasivo de los mitos, la memoria y la mimesis» (*stories*) que sustentan la consciencia revolucionaria es Selbin, 2010: 3.

²⁴ Foran, 2009: 16-17.

²⁵ Sobre cómo se impuso la estrategia armada en medio de una mirada de movimientos opositores anti-batistianos: Guerra, 2018.

²⁶ Sweig, 2002. Chase, 2015. Childs, 1995.

²⁷ Pensamos, entre otros, en la facción urbana del M-26 (el «Llano»), el Frente Cívico de Mujeres Martianas, el Directorio Revolucionario, la Triple A, el Movimiento de Resistencia Cívica, el Grupo Montecristi.

incluso a ser esbozada desde Cuba, donde después de décadas de asimilación acrítica de la vulgata castrista, se está insistiendo en la necesidad de evitar disminuir «el concepto de lo insurreccional a la épica de las zonas rurales que comenzó con el arribo al oriente del país del yate *Granma*». En ese sentido, compartimos el argumento de Mario Mencía, según el cual «circunscribirse a una única perspectiva, la bélica, implica descontextualizar la guerra misma y asignarle una condición autárquica, un carácter mágico, anti-dialéctico, providencial, que no se corresponde con la realidad»²⁸.

Pese a ello, esta anclada y parcialmente errónea concepción de los conflictos sociales no solo se enraizó a través de un discurso inculcado mediante un aciudado programa de educación política²⁹, sino que se transformó en una guía recurrente para orientar la política hemisférica de La Habana en los años 1960 y 1970. Lo que nos interesa destacar en este artículo es que esta representación de la historia de las luchas pasadas y de los desafíos presentes no solo brindó un paradigma para que los cubanos entendieran sus propias aspiraciones y dificultades, sino que encauzaron igualmente las interpretaciones de los sucesos acaecidos más allá de las fronteras de la isla. La imagen que muchos cubanos desarrollaron en torno al proyecto socialista de Allende permaneció, en gran medida, condicionada por esta retórica revolucionaria con pretensiones universalistas. Por consiguiente, no es de sorprender que a pesar de las simpatías que la UP produjo en Cuba, pocos creyeran en el éxito que podría tener un experimento revolucionario encarrilado en una senda institucional tradicional.

Sería un error creer que La Habana comenzó a interesarse en la «vía chilena» a partir del momento en que Allende se vistió con la banda presidencial. Las interrogaciones surgidas durante el periodo 1970-1973 deben entonces enmarcarse en una interpretación forjada desde 1959. Recordemos que Allende, con el respaldo del PSCh y PCCh, ya se había propuesto ingresar a La Moneda con las elecciones de 1958, dando paso a una tendencia, el *allendismo*³⁰, que se esmeraba en abrir las puertas al socialismo mediante la voluntad de las urnas. Pero ello no conllevaba a un distanciamiento con el esquema más radical a través del cual Castro logró asirse al poder. Ya en enero de 1959, cuando Allende emprendió su primer periplo a La Habana, el chileno ejerció como un interlocutor privilegiado con las autoridades de la isla, cimentando una sincera y duradera amistad con Fidel Castro. Menos conocido, el vínculo con Raúl Cas-

²⁸ Mencía, 2013: 10.

²⁹ Múltiples estrategias fueron ideadas para transferir la doctrina revolucionaria de la administración post-batistiana, como las Escuelas de Instrucción Revolucionaria y la campaña de alfabetización. Véase Childs, 1995.

³⁰ Amorós, 2013: 151.

tro fue temprano y afectuoso. El socialista chileno organizó incluso una manifestación en honor al «número dos» de la revolución durante su hoy poco recordada estadía en Santiago en agosto de 1959³¹. Pocas semanas después, honorando una invitación del menor de los Castro, Allende regresó a Cuba, hacia donde se desplazó en cinco oportunidades tan solo entre 1959 y 1962³².

IMAGEN 1. SALVADOR ALLENDE DE VISITA EN CUBA PARA LOS FESTEJOS DEL 26 DE JULIO DE 1966, JUNTO CON EL PRESIDENTE OSVALDO DORTICÓS (A SU IZQUIERDA) Y OSMANY CIENFUEGOS (A SU DERECHA)



Fuente: colección personal del autor.

A menudo se ha considerado este factor humano como un dato decisivo para comprender las dinámicas y fluctuaciones de las interacciones cubano-chilenas. No obstante, creemos más bien que las vinculaciones entre dos polos ideológicos, por más afinidades que puedan existir entre sus dirigentes, obedecen necesariamente a una serie de variables que exceden la voluntad

³¹ “Comandante de las FF. AA. de Cuba D. Raúl Castro llegó ayer a Santiago”, *El Mercurio*, Santiago de Chile, 19/8/1959.

³² Allende, 1962.

individual y que no pueden disociarse de las convicciones profundas que, en el caso que nos interesa, contribuyeron a atenuar el entusiasmo cubano respecto a la agenda chilena de tránsito pacífico a la revolución (y ello a pesar de que esta vía haya sido liderada por alguien que se había entregado a una «incansable lucha a favor de la Revolución Cubana»)³³. De hecho, Allende no siempre fue avalado como la mejor carta de las fuerzas de izquierda para guiar la revolución en Chile. Aun cuando su candidatura presidencial de 1958 como representante del Frente de Acción Popular (FRAP) estuvo a tan solo 32.000 votos de declararse vencedora, un informe del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba manifestaba reservas hacia una eventual re-postulación de Allende para la convocatoria electoral de 1964. Este análisis de fines de 1959 advertía que Chile estaba «carente de un líder joven enérgico» y que a pesar de que Allende «está en estrecho contacto con sus [de la Revolución cubana] líderes más destacados», «se notaba en él ciertas deficiencias personales en cuanto a falta del empuje necesario que parece necesitar para librar una batalla como la que se requiere para enfrentarse a una oligarquía que como la de Chile lleva lustros y lustros sucediéndose en el poder»³⁴. La alusión a la permanencia en las esferas gubernamentales de una clase política oligárquica constituía una crítica a penas velada a las deficiencias de la democracia constitucional, en el marco de la cual el socialista chileno aspiraba a franquearse un camino hacia el poder. La aparente incapacidad de Allende para «librar una batalla como la que se requiere» apuntaba a la inadecuación de combatir a esa clase privilegiada mediante la estrategia electoral. Esta interpretación de las vicisitudes de la política chilena expone una temprana reserva que se reproducirá a lo largo de toda la década de 1960 y que tampoco será obviada a la hora de apuntar a las deficiencias de la UP entre 1970 y 1973.

No es por nada que en mayo de 1961 el Secretario General del PCCh, Luis Corvalán, asiduo defensor de la «vía chilena»³⁵, intentó convencer a sus interlocutores cubanos de que la estabilidad de la democracia de su país abría un sendero para una real transformación por cauces institucionales. Durante su visita a Cuba, Corvalán aseveró que la administración de derecha de Jorge Alessandri (1958-1964) debía distinguirse de otros «gobiernos lacayos de Amé-

³³ *Idem*.

³⁴ *Panorama de la situación política de Chile*, La Habana, 11 de noviembre de 1959, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, La Habana, (AMINREX), fondo Chile, cajuela 1959.

³⁵ Basta leer su artículo de 1963, “La vía pacífica es una forma de la revolución”, en el que Corvalán defiende la tarea del PCCh, consistente en guiar a las clases obreras hacia la puesta «en práctica de una política de alianzas con otras clases y capas sociales, una política de amplia unidad», sin la cual «no hay revolución posible», Corvalán, 1964: 62.

rica Latina», puesto que, a pesar de todo, el presidente «guarda las formas»: «No fomentamos métodos insurreccionales. Nos proponemos ganar la presidencia de la República para 1964. Tenemos dieciséis diputados y [...] cuatro senadores, acompañado por un fuerte movimiento de masas»³⁶, argüía el comunista chileno. Mas, aquellas evidencias no parecían alterar la visión de los anfitriones cubanos, siempre suspicaces ante los comentarios que acentuaban la presunta estabilidad del constitucionalismo chileno. Un nuevo informe sobre la situación de la nación austral insistía en la necesidad de propulsar una diplomacia activa en el país con el objeto de concientizar a «la masa del Pueblo» que «está sufriendo en carne propia la ignominia de la democracia con hambre y una legalidad con injusticias». Luego de enumerar las precariedades a las que la sociedad chilena estaba sometida, el signatario reservaba duros dardos apuntados contra «la mentira de una democracia y de una legalidad política que ellos creen perfecta y ejemplar en América y la cual constituye su mayor orgullo»³⁷.

Por otra parte, con la acelerada deterioración de las relaciones entre Cuba y EE. UU., el componente «anti-imperialista» de la narrativa revolucionaria cubana tendió a exacerbarse, presentando a la Casa Blanca como una fuerza que conspiraba en la sombra para hacer periclitar los esfuerzos de la izquierda hemisférica. Así, el relato de la administración revolucionaria reforzó la idea de un poderoso sentido comunitario basado en una fatalidad compartida (*siège mentality*³⁸), justificando de paso la división del mundo en dos esferas binarias: un coloso dispuesto a diezmar todo propósito revolucionario y una sacrificada facción de luchadores sociales condenados a enfrentarse al «imperio» y a sus «marionetas» regionales³⁹. Esta retórica, debidamente aplicada para dar cuenta de la realidad de una isla asediada por los operativos de la CIA, fue trasladada a otros espacios, en particular, al escenario chileno. A partir de 1961, los informes que hemos analizados recurren sin excepción al factor de la «mano invisible» de Washington, componente omnipresente para dilucidar los dilemas de la izquierda hemisférica. Un completo panorama de la situación política chilena, confeccionado *ad-portas* de la elección de 1964, nos brinda un buen ejemplo de ello. A pesar de las buenas perspectivas que parecían favorecer a la coalición de Allende, los cubanos aún cobijaban serias dudas: «El triunfo de Allende no quiere decir su arribo al poder». El respeto de los procedimientos institucionales no era, en la visión del signatario, una garantía suficiente para la progresiva

³⁶ *Memorandum*, La Habana, 14 de junio de 1961, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1961.

³⁷ *Lydia González al Ministro de Relaciones Exteriores*, La Habana, 23 de enero de 1961, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1961.

³⁸ Kapcia, 2000: 187.

³⁹ Quinn, 2007: 389.

construcción del socialismo, puesto que una auténtica captura del poder dependía ante todo «del coraje que despliegan las fuerzas de izquierda» frente a sus rivales. «Contra el triunfo de Allende —proseguía el texto— se están moviendo enemigos muy poderosos», el primero de ellos «la Embajada Yanqui, cuya experiencia cubana no quiere ver repetida». A la hostilidad de EE. UU., se sumaba la «Iglesia Católica» y la «alta burguesía, dueña y señora de la tierra». Los observadores cubanos confiaban en una victoria del FRAP⁴⁰, pero no iban hasta el extremo de albergar una excesiva esperanza en el devenir: «Allende ganará, ¿Cómo estas tres fuerzas se avendrán para darle el golpe de Estado? Se ignora, pero se espera que lo den»⁴¹.

Las reticencias cubanas sobre la idoneidad del liderazgo de Allende eran alimentadas por la visión desalentadora que algunos interlocutores chilenos transmitían. De visita en Cuba en 1964, un tal Alejandro Philippi, miembro del FRAP que se ufana de su cercanía con Allende, compartió no obstante una visión poco aliciente, según la que «Allende como líder cumplió su rol histórico» ya que «ha perdido su punch político». Ante una situación de crisis que requiriera un enfrentamiento con las fuerzas hostiles a la izquierda, Philippi presumía que Allende no tendría «ninguna pasta para ser líder o guía de las masas en esa lucha armada»⁴².

Como es de esperarse, frente a las vacilaciones generadas por su opción política tanto en la izquierda local como en Cuba, Allende tuvo que defender en más de una oportunidad su agenda constitucionalista⁴³. Pero no fue el único en este empeño. El que fuera Secretario General del PSCh, Raúl Ampuero, realizó una estadía en Cuba poco antes de las elecciones de 1964. Esta misión fue objeto de un copioso informe por parte del encargado de protocolo que acompañó a Ampuero durante su recorrido. Constantemente interrogado sobre

⁴⁰ Según Pedro Martínez Pires, primer secretario de la Embajada en Chile (1962-1964), en la Cancillería cubana «todo el mundo pensaba que Allende iba a ganar las elecciones en 1964». Entrevista con Pedro Martínez Pires, La Habana, 8/2/2019. Los cubanos erraron en sus pronósticos. El candidato vencedor fue el demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva, mientras que Allende obtuvo cerca de un 39 % de los votos, posicionándose en segundo lugar.

⁴¹ Ernesto Víctor Matute, *Chile*, La Habana, 28 de agosto de 1964, AMINREX, fondo Chile, carpeta 1964.

⁴² Alberto Velasco y Manuel Sánchez, *Política regional 1: América*, La Habana, 23 de noviembre de 1964, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1964.

⁴³ Sin criticar el camino revolucionario de Cuba, Allende debió a menudo insistir en la sinceridad de su opción institucionalista. En plena campaña para la elección de 1964, creyó oportuno precisar las distinciones entre su país y la isla caribeña, las que fundamentaban las divergencias estratégicas: «Si hubiera nacido en Cuba, no habría trepidado un minuto en estar con Fidel Castro. Nací en Chile, en otra historia, en otra geografía, en otra tradición». Citado en Amorós, 2013: 192.

la cuestión del «significado de las elecciones», el autor del reporte constató, con recelo, que su interlocutor «no considera el problema de prepararse para la lucha armada como una tarea inmediata», antes de anotar que en la izquierda chilena persistía inalterable una «mentalidad institucionalista y pacífica donde hay un repudio innato a la violencia». Este asunto fue puesto en el tapete por el Ministro de Economía, Regino Boti, quien no escondió su escepticismo respecto al futuro del FRAP, agrupación que «nunca ganaría el Congreso, aún caso de ganar Allende la presidencia, por lo cual el triunfo de Allende no conduciría a nada», afirmación que a su vez Ampuero calificó como «pueril». La confianza de este último sobre las «nuevas perspectivas de lucha» en Chile era indisociable al «concepto optimista» que albergaba el visitante respecto a las Fuerzas Armadas de su país. Luego de observar que ellas no estaban imbuidas de una «ideología imperialista» y que de ser necesario se esmerarían en la defensa «de la legalidad y las estrictas funciones constitucionales», Ampuero reconocía que esta tradición «legalista» y «progresistas» se sustentaba gracias a un eficaz trabajo de infiltración del cuerpo castrense por parte de las entidades de izquierda⁴⁴.

Pese a este tipo de intercambios, los años 1960 no harán más que agudizar las contradicciones entre la postura «foquista» propulsada por La Habana y los planteamientos de quienes amparaban la «vía chilena». La segunda derrota del FRAP en las presidenciales de 1964, en las cuales Eduardo Frei Montalva — figura del Partido Demócrata Cristiano (PDC) e impulsor de una agenda reformista— resultó victorioso con el apoyo de EE. UU., confirmó que los procedimientos electorales enfrentaban obstáculos casi insalvables. A ello se sumaban las crecientes tensiones que ensombrecían la alianza entre Cuba y la URSS, potencia que desde fines de los años 1950 promovía con asiduidad la «vía no capitalista» hacia el socialismo, en consonancia con sus homólogos del PCCh⁴⁵.

⁴⁴ Jaime de Varona, *Misión del Senador Raúl Ampuero*, La Habana, s/f, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1960.

⁴⁵ Como hemos dicho, la posibilidad de transformar las estructuras sociales mediante un trance paulatino y no violento se inscribía en la doctrina de «coexistencia pacífica», formalizada con el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS en 1956. Los comunistas chilenos siguieron estos preceptos, al punto que Jeremy Friedman estima que el PCCh parecía más comprometido con la idea de un «camino pacífico hacia el poder» que los propios soviéticos. Friedman, 2015: 34-35 y 156. Los cubanos, en cambio, no dudaron en impugnar la «coexistencia pacífica». Un informe lapidario redactado en 1967 arremetía contra la política exterior soviética y señalaba que la «coexistencia pacífica» constituía un recurso retórico para disimular una falta de voluntad a asumir «una política de consecuente internacionalismo proletario y apoyo al movimiento de liberación de los pueblos». La Crisis de los Misiles de 1962 era un indicio que demostraba que la «defensa de los intereses revolucionarios mundiales alcanza tan solo hasta el punto en que sus propios intereses nacionales [de la URSS] corren el riesgo de

El distanciamiento ideológico con Moscú se acompañó de una mirada radicalizada sobre la situación política del continente y un esfuerzo ampliado por promover movimientos de liberación nacional. El paroxismo del fervor «foquista» de La Habana fue alcanzado en 1967, durante la sonada Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), instancia en la que Castro designó a la lucha armada como el «camino fundamental» al que deben «subordinarse las demás formas de lucha»⁴⁶. Para los preparativos de esta reunión continental, a la cual Allende asistió, un grupo de expertos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba diseñó una investigación sobre la política interna de Chile. El escenario de las OLAS marcó el ápice de la visceralidad ideológica de La Habana, lo que aparece reflejado en el tono poco esperanzador del informe. Luego de denostar las tentativas reformistas de Frei, quien «representa los intereses monopolista norteamericanos y alemanes», el documento parecía inquietarse de la permanencia del «mito que existe en Chile alrededor de la lucha armada». Presagiando lo que acaecería en 1973, se abundaba también en la confianza ingenua que la izquierda chilena mantenía respecto al presunto carácter legalista de los militares, «creándose la falsa ilusión de que las Fuerzas Armadas chilenas son incapaces de alterar el régimen constitucional»⁴⁷. Para los redactores de esta prospección, la izquierda pecaba de una sobreestimación de la «fuerza de sus movimientos» y olvidaba que, a pesar de la fachada democrática, los oficiales locales estaban «asesorados por instructores americanos». Bajo esas condiciones, con Fuerzas Armadas «permeadas por el imperialismo», no cabía duda de que, «a la hora oportuna», la esfera militar chilena «será tan sumisa como cualquier otra»⁴⁸.

Los ejemplos brindados indican que, si bien los cubanos respetaban los esfuerzos de Allende, el pesimismo terminó por imponerse. Resultaba difícil acomodar la alternativa institucionalista propuesta por vastos sectores del marxismo chileno a los principios de la lucha armada, asimilados por una retórica macha-

ser amenazados seriamente». En ese sentido, el desmantelamiento de los misiles por parte de la URSS habría servido para «desenmascarar la política de coexistencia pacífica». *Relaciones de la URSS con los EE. UU.*, La Habana, 26 de junio de 1967, AMINREX, fondo URSS, cajuela 1965-1967.

⁴⁶ Castro, 1967.

⁴⁷ Pedro Martínez Pires recuerda que «había en Chile en mi opinión una tendencia a creer que la democracia era perfecta, que los militares nunca iban a intervenir en la política». Luego rememora un episodio en que un militante del PCCh le habría dicho: «aquí en Chile, no hacen falta las armas, aquí estamos en democracia y los militares respetan la democracia». Entrevista con Pedro Martínez Pires, La Habana, 8/2/2019.

⁴⁸ OLAS: *Chile. Sector político social*, La Habana, AMINREX, fondo Chile, cajuela OLAS 1967.

cada con insistencia a lo largo de la década de 1960. Sin embargo, el alba de la cuarta aventura presidencial de Allende, en 1970, delineaba un contexto diferente del que había caracterizado la efervescencia revolucionaria de los años precedentes. El fracaso doloroso de los experimentos guerrilleros en territorio latinoamericano, confirmado por la muerte en Bolivia de Ernesto Guevara en 1967, reactualizó a los ojos de muchos la opción de una revolución encauzada en los límites de la democracia burguesa. La mejoría de las relaciones entre Cuba y la URSS a partir de fines de 1968 reflejaba una voluntad de flexibilización y pragmatismo, que las autoridades cubanas percibieron como perentoria ante el surgimiento de nuevos experimentos revolucionarios —como el régimen militar de Juan Velasco Alvarado en Perú (1968-1975)— fruto de una línea completamente distinta al paradigma «foquista» de la Sierra Maestra. En este marco de desengaño y reevaluación, la «vía no armada» volvió a aparecer como una alternativa que, si bien daba escasas garantías de triunfo, debía tenerse en cuenta.

UNA LUZ DE ESPERANZA QUE SE EXTINGUE: LA «VÍA CHILENA» EN EL PODER

En una conversación en 1967 con el periodista Carlos María Gutiérrez, Fidel Castro reconocía que «no se puede negar [...] que en Chile y el Uruguay existen movimientos de masas», pero acotó que «la tesis del foco guerrillero es válida para cualquier país, hasta para Alemania occidental». Cuestionado sobre la eventualidad de una revolución forjada desde las urnas, el «Líder Máximo» parecía vacilar: «Yo no sé, eso yo no lo sé. Creo que no. Ojalá se pudiera, pero no», antes de invocar el pasado de su país para señalar cómo, según él, debían instrumentalizarse las instituciones «burguesas» en beneficio de la revolución:

En otra época, aquí, yo me postulé para diputado. Pero yo no creía que ese era el camino de la revolución. Creía sí, que la banca me abría un camino. ¿Saben lo que pensaba? Que cuando estuviera sentado en el Parlamento, presentaría de inmediato al pueblo un programa revolucionario, cuatro o cinco leyes realmente revolucionarias, no para que las aprobaran, sino para dar un programa a la revolución. Yo sabía que había en Cuba una masa que sufría, que iba a entender el programa⁴⁹.

A la luz de este tipo de declaraciones —y en vista de la insistencia sobre el carácter ineludible de la lucha armada—, un pronunciamiento explícito de Cuba a favor de una opción presidencial que prometía respetar el marco democrático

⁴⁹ Carlos María Gutiérrez, “Conversación con Fidel”, *Marcha*, Montevideo, 18 de agosto de 1967: 22-23.

y sus instituciones no era un colofón predecible. No obstante, el contexto de la elección presidencial de 1970 era diferente y la incapacidad de las guerrillas de reproducir el ejemplo de la Sierra Maestra instaba a los cubanos a evaluar otras tácticas para la revolución. En medio de estas reflexiones, ciertos sectores de la UP creyeron posible convencer a Castro de que emitiera una declaración favorable a la «vía chilena», nuevamente personificada por Allende.

Fue así como una delegación de personalidades afines a la coalición de izquierda se dirigió a La Habana en plena campaña presidencial para entrevistarse con el líder cubano. En medio del ansiado encuentro, que tuvo lugar en la madrugada del 1 de agosto de 1970, Castro satisfizo las aspiraciones de sus invitados, al responder afirmativamente a la pregunta de si «se puede en estas circunstancias actuales conquistar el socialismo por medio del voto». Luego de plantear que «veo el cuadro internacional muy diferente al año 1964», Castro respondió que en «las condiciones concretas de Chile, sí; yo creo que sí». Pero, evitando expresar un entusiasmo desmedido, el «barbudo» dirigente precisó: «creemos que no es el camino electoral el camino de la revolución en la mayor parte de nuestros países». «Lo hemos dicho siempre». Es más, como queriendo dejar en claro que con sus declaraciones favorables a la UP no pretendía alejarse de la «mentalidad guerrillera», Castro acotaba que «pueda haber un país o dos o tres, o uno, en que se dieran esas condiciones... Yo no veo más ninguno en este momento, con toda sinceridad, no veo más ninguno»⁵⁰.

Poco antes, ante una comitiva de académicos chilenos, Castro ya había sugerido que las condiciones institucionales del país sudamericano requerían un análisis diferente de las posibilidades del marxismo, asimilando así la tesis, antes denostada, de una singularidad democrática en Chile. Durante una conversación en la que Castro manifestó un «increíble conocimiento y dominio» sobre la política interna de Chile, el cubano enfatizó que se trataba de «un caso particular dentro de Latinoamérica y que no puede compararse a ningún otro» y reconoció «la seriedad del funcionamiento libre y democrático de la institucionalidad chilena». Según uno de los testigos del encuentro, esta particularidad

⁵⁰ *Entrevista de nuestro Primer Ministro Comandante Fidel Castro con representantes de la prensa y la televisión de Chile*, La Habana, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1974. Luis Guastavino, militante comunista y uno de los delegados chilenos presentes en la reunión, recuerda los argumentos por él evocados para intentar persuadir a Castro: «Le cuento la peculiaridad chilena, que nosotros somos hijos de la lucha de masas, de la lucha de aliados, de la política de entendimiento con otras fuerzas y de la urna». Luego, y a pesar de los matices del discurso del dirigente cubano, Guastavino atribuye una considerable significación a sus palabras («un respaldo muy grande a lo que habíamos planteado»), ya que «el tema era muy delicado y tenía que ver con cuestiones muy internalizadas por parte de él». Entrevista con Luis Guastavino, Viña del Mar, 4/2/2013.

podía atribuirse «a la burguesía nuestra, a la que consideraba excepcionalmente progresista y honesta y que respeta legalmente las reglas del juego político que ella misma ha impuesto, aun cuando el resultado pueda serle adverso»⁵¹.

Este aparente optimismo en ningún caso significaba que los cubanos omitieran los peligros que el camino emprendido por la UP acarrearía tarde o temprano. Luego de la victoria de Allende, su hija Beatriz viajó a La Habana en septiembre de 1970 para intercambiar impresiones con Fidel Castro. A raíz de esa reunión, se decidió despachar hacia Chile a «algunos compañeros especialistas para fortalecer el GAP [Grupo de Amigos Personales]», la guardia personal de Allende. Junto con ello, el agente de inteligencia cubano Juan Carretero, «escondido tras la fachada de ser un profesor universitario que iba a un intercambio de las universidades», también fue comendado para fortalecer la seguridad del presidente chileno y concebir un «plan de defensa» ante la eventualidad de una conspiración. Esta propuesta, que preveía la entrega de armas a sectores afines al Gobierno con el objeto de contar con las fuerzas necesarias de cara a una posible contra-revolución, fue rechazada por Allende, empeñado en respetar los principios de su «vía pacífica»⁵².

Si bien Castro había validado públicamente la vía revolucionaria de su amigo⁵³, persistía en la isla un convencimiento de que el Gobierno de la UP tendría que empuñar las armas en algún momento si pretendía forjar una auténtica revolución socialista. Las declaraciones antes citadas revelaban una mayor flexibilidad respecto al origen del movimiento que desencadenaría un escenario favorable para la transformación social, pero en ningún caso supri-

⁵¹ Velasco, 1972: 18.

⁵² Entrevista con Juan Carretero, La Habana, 27/2/2019. Además de este apoyo logístico, las estimaciones de la CIA concluyen que Cuba habría enviado a Allende cerca de 350.000 dólares para financiar su campaña. Harmer, 2011: 38. Es difícil comprobar este dato, pero Luis Guastavino asegura que, en agosto de 1970, Fidel y Raúl Castro le hicieron entrega de 240.000 dólares, una «cifra muy suculenta», camuflada en un maletín con doble fondo. A su regreso a Chile, Guastavino fue a visitar a Allende, quien al ver los billetes parecía jubiloso: «Hay que ver cómo me dio un abrazo, porque la misión había sido delicada». Entrevista con Luis Guastavino, Viña del Mar, 30/8/2016.

⁵³ De hecho, mientras Fidel Castro respaldaba a su amigo Allende, otros se mostraban más cautos. A pocas semanas de la elección presidencial, el periódico cubano *Bohemia*, La Habana, publicaba un perfil de Allende, quien «ha desarrollado siempre su actividad en los márgenes laberínticos de la democracia burguesa». Acotando que la UP no pretendía «establecer en Chile un régimen socialista», el corresponsal perfilaba una imagen poco aliciente: «El senador socialista por cinco lustros, el líder a veces contradictorio, que se proclama marxista y permanece en la francmasonería, este hombre une a la tenacidad, el optimismo y está convencido que no la tercera, sino la cuarta es la vencida». «Salvador Allende o la tenacidad», *Bohemia*, 21 de agosto de 1971: 87.

mían el inevitable recurso a la violencia. Esta última no debía necesariamente anticiparse a la toma del poder, como lo preconizaba la tesis del «foquismo», por lo que la ascensión política de la UP tenía el mérito de haber mostrado que no solo el núcleo guerrillero es capaz de activar las dinámicas que derivan en la implantación de una sociedad socialista. Pero ello solo aplazaba a una segunda etapa el momento del enfrentamiento, para el cual era urgente prepararse y evitar así la irremediable reacción de las fuerzas hostiles. La violencia revolucionaria, lejos de desaparecer, seguía inamovible en un horizonte incierto pero inminente, demostrando que el «ethos» guerrillero permanecía anclado en el imaginario cubano.

Por lo demás, no debemos olvidar que las palabras de jefe de Estado cubano obedecían a una solicitud expresa de los dirigentes chilenos, representantes de un amigo cercano como era Allende. Había por ende una dosis de pragmatismo, lo que no siempre se apreciaba en los comentarios de otros actores cubanos. Un nuevo informe del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba daba cuenta de la permanencia de un cierto fatalismo en cuanto a la perspectiva que ensombrecía el futuro del marxismo chileno. Resultaba casi inconcebible para muchos cubanos —consumidores de un relato que subrayaba cómo el M-26 había logrado implantar un ejército rebelde antes de la llegada de los «barbudos» al poder— que las Fuerzas Armadas tradicionales se acogieran a la doctrina constitucionalista. A pesar de las tempranas declaraciones en ese sentido, un observador de la situación chilena a fines de 1970, incrédulo antes los pronunciamientos de la esfera castrense, remitía «informaciones confidenciales que poseemos y que tienden a darle a la cuestión un carácter más complejo». Según rumores, el alto mando del Ejército estaría «presionando para que se produzca un alzamiento con vista a tomar el mando de la nación por medio de un golpe de Estado», maniobras en las cuales habrían estado involucrados tanto el General René Schneider —víctima reciente de un atentado mortal de la extrema derecha— como una serie de otros oficiales, «agentes de la CIA sin ninguna duda»⁵⁴. Entre ellos, el cubano mencionaba erróneamente a Carlos Prats, adalid del constitucionalismo militar, quien incluso ejerciera como ministro de Defensa y del Interior del Gobierno de Allende.

No cabe duda de que, a los ojos de los cubanos revolucionarios, la ausencia de un control efectivo del monopolio de la violencia constituía una de las grandes carencias del proceso chileno, debilidad que era permanentemente contrastada con la táctica insurreccional del M-26. Mientras que los rebeldes castristas habían logrado erigir un núcleo armado paralelo, el Gobierno de

⁵⁴ *Chile*, La Habana, 30 de octubre de 1970, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1970.

Allende apostaba por la formación de un «bloque democrático-militar»⁵⁵. Uno de los testigos que hemos entrevistado, Manuel Graña, jefe de las brigadas juveniles del M-26 en tiempos de Batista, compara ambos caminos revolucionarios y se decanta por el propio: «En Cuba nosotros acabamos con el Ejército, acabamos con la policía [...] y todo el mundo fue nuevo. Puedes ganar unas elecciones, pero las armas, ¿quién las tiene?», se preguntaba Graña⁵⁶. Por su parte, Tony López, un oficial de la sección de inteligencia latinoamericana dirigida por Manuel Piñeiro, invoca una errada «percepción de que en Chile históricamente no se podía dar un golpe militar, eso a nosotros nos llegaba, porque la tradición del Ejército era [presuntamente] tan democrática, [...] eso era hasta los tuétanos». Luego concluye: «Yo diría que fueron bastante ingenuos» y «el político ingenuo perece; [...] las revoluciones se hacen o no se hacen»⁵⁷. Otro antiguo insurgente del M-26, Giraldo Mazola, quien fuera presidente fundador del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP), recuerda haber debatido sobre estas disyuntivas con sus pares chilenos y sintetiza el principio que dividía las aguas con la postura de Allende: «Había que tomar no solo el gobierno, había que tomar el poder. Eso es lo que nosotros tratábamos de discutir, de explicar»⁵⁸.

Deseosos de poner en el tapete el ejemplo de la «Isla de la Libertad» para insuflar una lección de legitimidad revolucionaria, los cubanos apuntaban a menudo a un segundo indicio de ingenuidad, el de desestimar la naturaleza complotista de los EE. UU. Con un tono paternalista, el Embajador cubano en Holanda, Carlos Maristany, calificaba a los propugnadores de la «vía chilena» como «nóveles impugnadores del imperialismo», quienes intentaban inútilmente «CONVENCER al imperialismo de su razón, de las vías utilizadas en el triunfo», mientras que «Cuba DICE SU RAZÓN REVOLUCIONARIA, con voz de PUEBLO, sin plañiderismo de ninguna clase, o sea de poder a poder». Posteriormente, el diplomático aludía a una cita con su homólogo chileno, quien aseguraba que la UP había «logrado detener el golpe», a lo que objetaba: «No quise amargarle la pírrica ventaja», la que se esfumaría de la noche a la mañana «en cuanto Allende toque algún interés imperialista de cierta monta»⁵⁹. Jorge Molina, encargado político de la Embajada chilena en La Habana desde 1971, confirma que la experiencia de agresiones estadouni-

⁵⁵ Moulián, 2005: 39.

⁵⁶ Entrevista con Manuel Graña, Tony López y Héctor Terry, La Habana, 16/3/2018.

⁵⁷ *Idem*.

⁵⁸ Entrevista con Giraldo Mazola, La Habana, 18/2/2019.

⁵⁹ *Carlos Maristany a Raúl Roa*, La Haya, 5 de febrero de 1971, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1971.

denses contra la isla implicaba que fuese «muy raro escuchar a alguien [...] que comprendiera a cabalidad el proceso chileno». «Insistían mucho en el rol que EE. UU. iba a jugar para aplacar, terminar [...] la experiencia de la UP. En eso sí que eran categóricos y yo diría que en eso había una suerte de consenso generalizado»⁶⁰.

Este tipo de aprehensiones pudieron cristalizarse durante la célebre visita que Castro emprendiera en territorio chileno a fines de 1971, durante la cual el líder de la revolución pudo ser testigo de los obstáculos insalvables a los que la UP debía enfrentarse. En un primer momento, Castro y su numerosa comitiva mantuvieron una mirada expectante. Durante una entrevista con estudiantes de la Universidad de Concepción, el «comandante» calificó la presidencia de Allende como un «proceso revolucionario», para luego destacar «las nuevas posibilidades que han ido surgiendo en esta fase» e invitar a sus interlocutores a vislumbrar «con optimismo el futuro»⁶¹. Pero esta apertura inicial («si por muchos caminos se llega a Roma, ojalá haya miles de caminos para llegar a Roma revolucionaria»⁶²) dio rápidamente paso a una mirada más severa, en la medida en que los invitados cubanos observaban las dificultades que la administración local confrontaba a diario (la existencia de una prensa hostil, la multiplicación de manifestaciones de los sectores opositores, lo que Castro llamaba «un diluvio de calumnias, de mentiras, de propaganda»⁶³).

Un especial impacto habría producido la famosa «marcha de las cacerolas vacías» del 1 de diciembre de 1971, una concentración de mujeres anti-allendistas escoltadas por militantes del grupo para-militar de derecha Patria y Libertad. Testigo imponente de esta esta expresión indesmentible de «la violencia de los explotadores», Castro dio cuenta de sus temores durante su desmoralizador discurso de despedida en el Estadio Nacional (2 de diciembre). Observó que el proceso chileno había alcanzado un punto en el cual ya se «ha desatado una dinámica social, la lucha de clases», marcada por los signos inquietantes de una ineluctable contraofensiva que ha venido a confirmar «cómo se manifiesta esa ley de la historia, que los reaccionarios, que los explotadores en su desesperación, apoyados fundamentalmente desde el exterior, generan y desarrollan este fenómeno político, esa corriente reaccionaria que es el fascismo»⁶⁴. Además de anticipar la violencia que arrebatará el poder de las manos de la izquierda chilena, el líder cubano deslizaba constantes

⁶⁰ Entrevista online con Jorge Molina, 17/12/2016.

⁶¹ Castro, 1971: 265 y 273.

⁶² *Ibidem*, 337.

⁶³ *Ibidem*, 381.

⁶⁴ *Ibidem*, 476-477.

críticas a los principios de la «vía pacífica». Junto con tachar a las libertades de prensa y reunión garantizadas por la UP de «libertades burguesas, capitalistas»⁶⁵, Castro ponía también sobre la mesa el dilema del pluralismo político y, atribuyéndose la legitimidad de quien ha encabezado un proyecto revolucionario, hacía de la unión progresiva de «las fuerzas revolucionarias» —en pocas palabras, de la constitución de un partido único— una condición inexorable para defenderse de la agresión contra-revolucionaria: «Hoy en nuestro país hay una sola fuerza revolucionaria del pueblo de Cuba»⁶⁶.

De regreso a la isla, Castro se reunió con un grupo de chilenos en casa del Embajador Juan Enrique Vega, instancia propicia para compartir sus conclusiones, según las cuales «había corroborado muchas de sus aprehensiones». En palabras de Francisco Fernández, encargado de asuntos económicos en La Habana, Castro advirtió que «las amenazas de la reacción eran muy, muy poderosas, y que había que tomar resguardo», antes de confesar: «En Chile, le vi las garras al fascismo». Ante la fatalidad de tener que enfrentarse al «fascismo», Castro solo veía una solución: «Preparar militarmente cuadros de partidos de la UP para enfrentar en ese terreno la embestida golpista»⁶⁷.

De ahí en adelante, los cubanos incrementaron las exhortaciones a sus pares de la UP insistiendo en que resultaba imperativo concebir una estrategia para resistir a la perentoria arremetida opositora, lo que pasaba ante todo por ceder armas al pueblo en defensa de la revolución. En la mente de los cubanos, la urgencia de esta medida hacía eco a la creación de las Milicias Nacionales Revolucionarias, implementadas desde fines de 1959 y que sumaron a cerca de 150.000 voluntarios con el fin de contrarrestar las repetidas embestidas de grupos contrarrevolucionarios⁶⁸. El éxito atribuido a esta iniciativa fue comprobado cuando el «pueblo en armas» desempeñó un papel crucial para asestar una derrota a las fuerzas de los exiliados cubanos que, con el apoyo logístico de los EE. UU., intentaron sin éxito derrocar a Fidel Castro en abril de 1961.

⁶⁵ *Ibidem*, 474.

⁶⁶ *Ibidem*, 479. Este discurso pudo generar un enorme impacto para quienes percibieron el desaliento de Fidel Castro. Mireya Baltra, comunista y ministra del Trabajo bajo Allende, recuerda ese 2 de diciembre de 1971: «me sentí más pequeña de lo que soy. Una mezcla de tristeza infinita e imponencia de no saber hacer me embargó esa tarde mientras escuchaba, anticipadamente, la tragedia que durante 17 años vivió el pueblo chileno». Baltra, 2014: 99.

⁶⁷ Entrevista con Francisco Fernández, Santiago, 16/11/2016. María Antonieta Saa, militante de un partido de la UP, participó también en esa reunión y confirmó con nosotros los propósitos de Fernández, añadiendo que se produjo una prolongada discusión con el Embajador Juan Enrique Vega. Entrevista con María Antonieta Saa, Santiago, 13/11/2016.

⁶⁸ Thomas, 1998: 1321.

El jefe de los operativos de inteligencia en el Chile de Allende, Juan Carretero, recuerda que fue a partir de fines de 1971 que «yo por mi parte, apresuré mucho las decisiones que debíamos de tomar», en particular, respecto al «plan nuestro de defensa del presidente ante un golpe militar». A pesar de que «el tiempo estaba corriendo y ya después sería muy tarde», Allende no estaba convencido y finalmente desechó la idea de adoptar un camino similar al de Cuba, abriéndose solo a la posibilidad de repartir armas entre los aparatos militares de los partidos políticos de la UP⁶⁹. Carretero en persona fue el encargado de transferir a Chile «unas cuantas armas» para fortalecer la escolta personal del presidente, las que pudieron ser introducidas «con la ayuda y el apoyo» de un general de Carabineros, amigo de Allende. A ello, se sumó el envío de armas dirigido al PCCh y al PSCh⁷⁰, así como la gestión de un programa de entrenamiento en Cuba de «alrededor de mil y pico» miembros de la izquierda chilena⁷¹.

Con el correr de los meses, el desencuentro estratégico no parecía resolverse. El propio Fidel Castro despachó una misiva en junio de 1973 en la que conminaba a su homólogo chileno a tomar las decisiones acertadas con el fin

⁶⁹ El chileno Samuel Riquelme era el enlace entre la inteligencia cubana y el aparato militar del PCCh durante el Gobierno de la UP. En un correo electrónico que nos remitió antes de morir, Riquelme evocó una anécdota reveladora de las disímiles preocupaciones estratégicas entre Cuba y el PCCh. Durante un intercambio sobre las «federaciones», el chileno mencionó «varias federaciones importantes en Chile y que nuestro partido está a la cabeza de ellas, la Federación Minera, la Federación de la Construcción... Entonces, el camarada Fidel me dice: No, no te estoy preguntando por esas federaciones, te estoy preguntando por una que es realmente muy importante, la Federación de las Fuerzas Armadas, porque tenemos que tener claro que esa federación es muy particular, tiene los fusiles y hay que preocuparse de ella». Correo electrónico de Samuel Riquelme (por intermedio de Ana María Pino) dirigido al autor, 14/9/2017.

⁷⁰ Si bien Carretero asegura que Allende se opuso en todo momento a la entrega de armas al Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) —una organización de izquierda favorable a la lucha armada no integrada a la UP—, Luis Enrique Peebles, responsable del aparato militar del MIR en la ciudad de Concepción, asegura que el MIR logró acumular cerca de 100 fusiles M16 «viejos y usados», unos pocos rifles y pistolas Walther, todos los cuales habían sido utilizados en los combates de Playa Girón: «Eso no permitía tener 100 hombres completamente equipados». Entrevista con Luis Enrique Peebles, Santiago, 28/11/2018. Carretero, por su parte, precisa: «Ellos se las habían robado a Allende, de las armas que nosotros le habíamos dado a Allende». Entrevista con Juan Carretero, La Habana, 27/2/2019.

⁷¹ Juan Carretero sigue considerando que fue un fatal error no haber resistido de forma más intrépida al golpe de Estado. Sus severas palabras se convierten en una elocuente demostración de la persistencia del «ethos» guerrillero que muchos cubanos, testigos de los tumultuosos años 1960, asimilaron. Refiriéndose a Miguel Enríquez, líder del MIR asesinado por la dictadura de Pinochet en 1974, Carretero asevera: «Murió como un valiente, con un fusil en la mano, como debieron haber muerto todos ellos allí». Entrevista con Juan Carretero, La Habana, 27/2/2019.

de «paralizar a los golpistas», para lo cual «el enemigo debe saber que [la clase obrera] está apercibida y lista para entrar en acción»⁷². Más tarde, cuando los militares al mando de Augusto Pinochet ya habían sepultado las esperanzas de llevar a cabo la revolución no armada, un Castro resignado volvía a evocar el meollo del asunto con su par del Partido Socialista Unificado de Alemania, Erich Honecker, a quien le intimó una versión desencantada de los eventos de Chile. Si bien Allende terminó por aceptar que socialistas y comunistas recibieran armas, estas eran menos de las que La Habana estaba dispuesta a otorgar. Luis Corvalán, quien había sido contactado por Carlos Rafael Rodríguez a solicitud del «líder máximo», seguía insistiendo en 1973 en la necesidad de hallar una solución política a la crisis y albergaba esperanzas en un improbable entendimiento con el PDC. Para colmo de males, el Gobierno, al confiar en la ilusoria neutralidad de las Fuerzas Armadas, cayó en un grave «error de cálculo», mientras que las armas que los cubanos habían acopiado en su embajada en Santiago, con la vana ilusión de que Allende recapacitara y se decidiera alistar a los suyos en defensa del Gobierno constitucional, nunca fueron empuñadas⁷³.

EL GOLPE DE ESTADO Y LAS LECCIONES DE LA «VÍA CHILENA»

Castro se encontraba en Praga cuando se enteró de lo que, para él, era un desenlace inevitable. No sin antes precisar que «la mano del imperialismo está detrás de los acontecimientos», el líder cubano comentaba: «nosotros sabíamos que el gobierno de la UP estaba en gran peligro» debido a que «conocíamos todos los elementos que actuaban contra el gobierno» y «que el pueblo chileno estaba desarmado»⁷⁴. La lección que Castro retenía era que una revolución debe impostergablemente protegerse a sí misma por medio de las armas, una tesis que, a juicio del novelista cubano Lisandro Otero —encargado de asuntos culturales de la Embajada de Cuba en el Chile de Allende—, se sustentaba en una extensa historia de luchas sociales frustradas. Aludiendo al lema nacional de Chile, «Por la razón o la fuerza», Otero veía en ambas opciones «camino a seguir», pero constataba que a lo largo de la historia de la nación meridional solo la «fuerza» había brindado los frutos esperados:

⁷² Citado en Ferandois, 1985: 188.

⁷³ Para hacernos una idea de los temas tratados en la reunión de Castro con Honecker, hemos comparado las versiones parcialmente citadas en: Gleijeses, 2002: 221-222 y Haslam, 2005: 199-200.

⁷⁴ *Declaraciones del Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba Comandante Fidel Castro en Praga*, La Habana, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1973.

Lautaro escogió la fuerza ante la violencia de los conquistadores. O'Higgins utilizó también la fuerza para independizar la colonia y lo mismo hicieron Carreras y Manuel Rodríguez. Francisco Bilbao utilizó el entendimiento y la reflexión, más que ningún otro, pero no fue escuchado en su tiempo. Balmaceda quiso ser razonable y ensayó sus remedios usando la persuasión, pero le opusieron la violencia. Los obreros del salitre se organizaron con sensatez y legalidad y fueron masacrados. Racabarren también intentó con raciocinio la solución de los males y sus acciones fueron reprimidas⁷⁵.

En esta curiosa interpretación, el fracaso de la «vía chilena» parecía estar inscrito en las leyes de la historia; en una densa tradición de combates fallidos. Para los cubanos, la inminencia de la caída de Allende se explicaba también por la rudeza de sus enemigos: los militares golpistas, percibidos como marionetas del imperialismo estadounidense. Si bien una nueva generación de historiadores tiende hoy a enfatizar la autonomía de los actores locales durante la Guerra Fría⁷⁶, el discurso cubano presentaba a Pinochet y sus colaboradores como fieles ejecutores de las órdenes de Washington. Castro marcaba la pauta al declarar que la tragedia de la UP respondía a una acción «dirigida por el imperialismo yanqui, en complicidad con el gobierno de Brasil, que está ejerciendo un papel de sub-imperialismo»⁷⁷, una retórica reproducida por los observadores cubanos. El periodista Bartolomé Álvarez escenificaba un complot internacional consumado por «militares fascistas —sin honor y sin patria—, deleznable instrumentos de la CIA, los consorcios yanquis y las fuerzas más retrógradas de Chile», a quienes tachaba de «émulos de Hitler». Así, el golpe de 1973 ponía «al desnudo el hilo de la conjura contra Chile y el maridaje de las siniestras fuerzas que participaron en ella», las que ratificaban «el papel jugado por el imperialismo norteamericano y por las empresas multinacionales»⁷⁸.

Esta visión apasionada de los sucesos de septiembre de 1973 condujo en algunos casos a una amplificación desmedida de los hechos. Un analista cubano caracterizaba a la dictadura militar como el régimen «más brutal y sanguinario que jamás conociera el continente», reviviendo así «los horrores del nazismo hitleriano». Este auténtico «genocidio de las fuerzas de izquierda» habría causado —solo durante los primeros cuatro meses de Pinochet en el mando— la muerte de entre 15.000 y 20.000 personas (cifra que contrasta con las peores estimaciones)⁷⁹. Imbuido en la anclada mentalidad guerrillera de la Cuba de los

⁷⁵ Otero, 1979: 9.

⁷⁶ Brown, 2017: 453. Brands, 2010: 257.

⁷⁷ *Declaraciones del Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba, Comandante Fidel Castro en Praga*, La Habana, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1973.

⁷⁸ Álvarez, 1974: 2.

⁷⁹ Las cifras de muertos y desaparecidos durante la dictadura de Pinochet (1973-1990) oscilan entre 3.000 y 4.500. Del Pozo, 2002: 200. Stern, 2009: 24.

años 1960, y en contraste con el común reconocimiento de la ausencia de una resistencia armada sustancial al golpe, el signatario perfilaba un panorama cercano a la guerra civil: «La idiosincrasia del chileno y su heroica tradición de lucha se manifestaron desde el día del golpe militar: lucha de francotiradores, enfrentamientos de comandos de resistencia con patrullas militares, enfrentamientos de militares y focos guerrilleros que no han podido ser exterminados»⁸⁰.

IMAGEN 2. CALENDARIO CUBANO CON LA FIGURA DE SALVADOR ALLENDE, 1974

1974
RADIO HABANA CUBA

	ENERO	FEBRERO	MARZO	ABRIL
	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31
	MAYO	JUNIO	JULIO	AGOSTO
	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31
	SEPTIEMBRE	OCTUBRE	NOVIEMBRE	DICIEMBRE
	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30	D L M M J V S 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31

APARTADO No. 7026 - HABANA - CUBA



Fuente: colección personal del autor.

La figura de Allende se elevó en Cuba hasta ser incorporada en el panteón martiroológico, todo ello mientras que el país caribeño acogía a cientos de exiliados e intensificaba una generosa campaña de solidaridad con las víctimas de la dictadura chilena. Pero para que el expresidente calzara con los principios revolucionarios, su imagen debía ajustarse a los valores fundamentales

⁸⁰ Chile, La Habana, 12 de febrero de 1974, AMINREX, fondo Chile, cajuela 1973.

de la cultura política cubana. Allende fue representado como un ejemplo para la izquierda hemisférica, adquiriendo rasgos atípicos que obedecían más al ideal militarista y combativo del modelo cubano que al de un jefe de Estado ungido por el sufragio popular. Debemos tener en cuenta que en la Cuba castrista el suicidio era juzgado como un acto repudiable; un cobarde y desesperado abandono de la batalla que tarde o temprano los revolucionarios tendrían que pelear (a la imagen del heroísmo sacrificado de José Martí y Ernesto Guevara, muertos arma en mano)⁸¹. Resultaba por ende inconcebible legitimar la versión del suicidio de Allende, prefiriendo la representación de un soldado-presidente sucumbiendo en La Moneda bajo balas enemigas. Esta versión fue oficializada en el discurso que Castro pronunció el 28 de septiembre de 1973 delante de numerosos chilenos, encabezados por Beatriz Allende⁸². Haciéndose dueño de la verdad, el «comandante» aseguraba haber «reconstruido lo que ocurrió el 11 de septiembre alrededor del presidente Allende». El líder de la «vía chilena» se mutaba en boca de Castro en un «combatiente y soldado de la revolución»:

El presidente ordenó derribar de inmediato la puerta de la armería de la guarnición de Carabineros del Palacio, donde podía encontrarse parte del armamento de aquella. [...] Ordenó que se emplearan granadas de mano en la operación, lográndose abrir un boquete en el cuarto de armas, de donde extrajeron cuatro ametralladoras calibre 30 y numerosos fusiles Sik, gran cantidad de parque, máscaras antigases y cascos. [...] El propio presidente cargó sobre sus hombros numerosas armas para reforzar los puestos de combate, exclamando: «Así se escribe la primera página de esta historia. Mi pueblo y América escribirán el resto». [...] Tuvo lugar entonces una de las mayores proezas del presidente. Mientras el Palacio estaba envuelto en llamas se arrastró bajo la metralla hasta su gabinete, frente a la Plaza Constitución, tomó personalmente una bazooka, la dirigió contra un tanque situado en la calle Morandé —que disparaba furiosamente contra palacio— y lo puso fuera de combate con un impacto directo⁸³.

Acogiéndose al ideal de una muerte heroica digna de registrarse en la narrativa guerrillera del «foquismo», Castro cerraba su espectacular relato:

⁸¹ Pérez, 2005: 321-381. En una decisión que sorprendió a muchos, Castro no acudió al funeral de Haydée Santamaría —una de sus más fieles colaboradoras desde el ataque al Cuartel Moncada en 1953—, quien se suicidó en 1980.

⁸² Según el oficial de inteligencia Luis Fernández de Oña, quien vivió en Chile y fue esposo de Beatriz Allende, un miembro del Grupo de Amigos Personales presente en La Moneda el 11 de septiembre le habría dicho que Allende había sido asesinado por los militares, versión comunicada a Fidel Castro y repetida en el discurso en cuestión. “Luis Fernández de Oña, el yerno de Salvador Allende”, *Punto Final*, Santiago, 2 de marzo de 2001.

⁸³ Castro, 1973.

Avanzando hacia el punto de irrupción de los fascistas, recibe un balazo en el estómago que lo hace inclinarse de dolor, pero no cesa de luchar, apoyándose en un sillón continúa disparando contra los fascistas a pocos metros de distancia, hasta que un segundo impacto en el pecho lo derriba y ya moribundo es acribillado a balazos⁸⁴.

El corresponsal de la agencia cubana de noticias Prensa Latina, Jorge Timossi, esbozó un panorama similar de los últimos minutos de Allende. Habiendo descartado la versión del suicidio —producto de la infamia del «bando miserable» que jamás se atrevería «a admitir la histórica evidencia: que Salvador Allende combatió hasta el final»—, Timossi aseveraba que Allende había «sido rematado a tiros por militares fascistas»⁸⁵.

El mismo año 1973, el Instituto Cubano del Libro editó un texto breve conteniendo el aludido discurso de Fidel Castro, antecedido por una alocución de Beatriz Allende. La publicación fue titulada «El más alto ejemplo de heroísmo» y se hicieron tirajes en español, francés e inglés. Simultáneamente, los cubanos hicieron circular una fotografía que, aunque descontextualizada, encajaba con el bosquejo pincelado por el discurso del 28 de septiembre. En ella Allende figuraba apuntando un objetivo con una metralleta, acción que presuntamente habría tenido lugar en La Moneda. Óscar Guillermo Garretón, miembro activo de la UP que vivió exiliado en Cuba a partir de inicios de 1975, recuerda que fue tomada en la casa El Cañaveral y explica su anacrónica utilización por el «casi veto de decir que [Allende] se había suicidado»⁸⁶. Mediante todas estas grandilocuentes referencias, los cubanos se esforzaron por poner en escena una muerte martirizada que correspondía más al esquema heroico del castrismo que a las evidencias de la verdad empírica, la que hoy se inclina por confirmar la hipótesis del suicidio⁸⁷.

En el discurso oficial de La Habana, la desaparición física de Allende arrastraba consigo la caducidad de la «vía pacífica», brindando así una valiosa lección para el movimiento revolucionario de América Latina en su conjunto. Lisandro Otero así lo planteaba al escribir que «por su manera de vivir y por su heroica forma de morir, Allende contribuyó a la apertura de una etapa decisiva de la historia de su pueblo»⁸⁸. Otro observador cubano consta-

⁸⁴ *Idem.*

⁸⁵ Timossi, 1974: 125-126.

⁸⁶ Entrevista con Óscar Guillermo Garretón, Santiago, 1810/2017.

⁸⁷ Las conclusiones de la exhumación del cuerpo de Allende: Amorós, 2013: 646-649. Según Eduardo Labarca, periodista y exmilitante comunista, la versión de Castro dejó una huella profunda en el imaginario de la izquierda cubana y chilena, hasta el punto de convencer a más de un observador de la inadecuación de la hipótesis del suicidio. Labarca, 2014: 454-455.

⁸⁸ Otero, 1979: 7.

ba que con el sacrificio de Allende «el pueblo chileno, los pueblos de América y del mundo han perdido una batalla» —la de la revolución no armada—, señalando ahora la única ruta viable, la de las armas: «La lucha continúa en las nuevas condiciones»⁸⁹.

Terminemos este artículo aludiendo a las palabras de Armando Hart. Sin deslegitimar los esfuerzos de Allende, esta figura clave de la insurrección anti-batistiana y miembro del Buró político del Partido Comunista de Cuba, anunciaba el paso a una etapa superior de la lucha. A raíz del asesinato de Miguel Enríquez, líder del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) acribillado en Santiago en 1974 por la policía secreta de Pinochet, Hart pronunció un discurso en el que comparaba la era insurreccional contra Batista con los avatares de la izquierda chilena. Sin ignorar las disímiles condiciones del país sudamericano —donde la izquierda «necesariamente debía transitar por caminos muy diferentes a los que condujeron al triunfo revolucionario cubano»—, Hart clamaba que, en las actuales circunstancias, el Chile de la Junta Militar escenificaba una «nueva enseñanza para los revolucionarios», confirmando «la necesidad de la dictadura popular»⁹⁰. Tal como había ocurrido con el golpe de Estado de Batista («el 11 de septiembre era un equivalente del 10 de marzo de 1952»), la caída de Allende «interrumpió el proceso institucional y precipitó las condiciones para la lucha revolucionaria»⁹¹. De esta manera, fue la represión contra-revolucionaria la que terminó por reconciliar las vías chilena y cubana —simbolizadas por dos revolucionarios que sacrificaron sus vidas persiguiendo sus ideales: Allende y Guevara—, reafirmando en última instancia la validez de la lucha armada: «Ernesto Che Guevara y Salvador Allende: busquemos los revolucionarios de América Latina, el camino que esos símbolos abren ante nosotros. Son dos caminos que se entroncan, dos símbolos que se unen»⁹².

Vemos aquí como, nuevamente, es el pasado de Cuba y de su revolución triunfante el que brindaba los catalejos con los que los cubanos observaban la batalla de la izquierda chilena, la que —luego de verse neutralizada por infranqueables obstáculos— terminó por ratificar el ineluctable camino de las armas.

Mediante esta interpretación de la mirada cubana respecto al auge, coronación y caída de la «vía chilena al socialismo», nuestro artículo ha pretendido brindar una perspectiva renovada sobre un fenómeno que, si bien ya ha sido abordado, requiere aún un análisis más avanzado. En primer lugar, al

⁸⁹ Álvarez, 1974: 2.

⁹⁰ Hart, 1974: 13-14.

⁹¹ *Ibidem*: 20-23.

⁹² *Ibidem*: 28-29.

incorporar un arsenal importante de fuentes cubanas inéditas, nuestro trabajo busca enriquecer los estudios dominantes sobre las relaciones Cuba-Chile que hasta la fecha han sido esencialmente fundados en la documentación chilena, históricamente más accesible. En segundo lugar, nos hemos propuesto igualmente dilatar las demarcaciones cronológicas recurrentes, circunscritas a los tres años de Gobierno de la UP, para insistir sobre las representaciones de la «vía chilena» forjadas desde el preludio de la Revolución cubana, una década antes de que el proyecto allendista fuese coronado por la primera victoria electoral de un presidente marxista. Esta óptica inusual nos ha permitido distinguir ciertas continuidades antes, durante y después del interregno 1970-1973 y confirmar que el relativo pesimismo de las autoridades caribeñas respecto a la voluntad de erigir una revolución socialista al interior del chasis de la «democracia burguesa» no fue solo el resultado de la observación de los imponentes obstáculos coyunturales que enfrentaba la UP, sino que extraía sus raíces en una «mentalidad guerrillera» cuajada desde los años de insurrección anti-Batista.

Por último, estas líneas han sido también pensadas como un aporte enmarcado en los esfuerzos de la «Nueva Historia de la Guerra Fría» en América Latina, que desde hace unos años se empeña en poner de manifiesto la autonomía de los «pequeños» actores del conflicto —ejemplificados aquí por Chile y Cuba—, desde donde emergieron e irradiaron proyectos políticos originales que no respondían pasivamente a las preconizaciones de una de las dos superpotencias. Se observará que los EE. UU. y la URSS se ubican ambos al margen de nuestra interpretación, enfocada prioritariamente en la riqueza de las discusiones y miradas que brotaron desde dos territorios «periféricos» y que desde ahí modelaron su devenir. Además, en consonancia con los trabajos aleccionadores de Odd Arne Westad⁹³ sobre la naturaleza profundamente ideológica de la Guerra Fría, hemos querido apuntar al carácter innovador (e instigador) de los dos referentes revolucionarios aquí expuestos, ambos herederos de las tradiciones y contradicciones de los escenarios locales y de su ulterior intersección con los influjos que emanaban de los modelos internacionales.

Así, nuestra doble voluntad de elevar al primer plano del análisis tanto la autonomía de actores latinoamericanos como los impulsos ideológicos de los grandes debates de la segunda mitad del siglo XX se acopla con una fértil tendencia historiográfica que autores como Eugenia Palieraki, Eric Zolov, Vanni Pettinà, Tanya Harmer, Kevin Young, Hal Brands, Piero Gleijeses, Aldo

⁹³ Westad, 2000; 2007. En el caso de América Latina, los trabajos de Westad han inspirado las reflexiones de quien fuera su discípula Tanya Harmer. Harmer, 2011.

Marchesi, por mencionar algunos, han estado pavimentando, auspiciando una promisorio reevaluación de la «Guerra Fría latinoamericana»⁹⁴.

BIBLIOGRAFÍA

- Allende, Salvador, *Conferencia ofrecida por el Dr. Salvador Allende*, La Habana, Ministerio de Hacienda, 1962.
- Álvarez, Baldomero, *Chile: de Iquique a Tierra del Fuego*, La Habana, Imprenta Engels, 1974.
- Amorós, Mario, *Allende, La Biografía*, Santiago, Ediciones B, 2013.
- Baltra, Mireya, *Mireya Baltra: del quiosco al Ministerio del Trabajo*, Santiago, Lom, 2014.
- Brands, Hal, *Latin America's Cold War*, Cambridge, Harvard University Press, 2010.
- Brown, Jonathan, *Cuba's Revolutionary World*, Cambridge, Harvard University Press, 2017.
- Casals, Marcelo, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la «vía chilena al socialismo», 1956-1970*, Santiago, Lom, 2010.
- Castro, Fidel, *Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz en la clausura de la primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS)*, 10 de agosto de 1967, Departamento de versiones taigráficas del Gobierno Revolucionario, <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f100867e.html>.
- Castro, Fidel, *Cuba-Chile*, La Habana, Ediciones Políticas, 1972.
- Castro, Fidel, *Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz en el acto conmemorativo del XIII aniversario de los Comités de Defensa de la revolución*, La Habana, 28 de septiembre de 1973, Departamento de versiones taigráficas del Gobierno Revolucionario, <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1973/esp/f280973e.html>.
- Chase, Michelle, *Revolution within the Revolution. Women and Gender Politics in Cuba, 1952-1962*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2015.
- Chelén, Alejandro, *La Revolución Cubana y sus proyecciones en América Latina*, Santiago, Prensa Latinoamericana, 1960.
- Childs, Matt, "An Historical Critique of the Emergence and Evolution of Ernesto Che Guevara's *Foco* Theory", *Journal of Latin American Studies*, 27/3 (Cambridge, 1995): 593-624.

⁹⁴ Para una visión de los principales adelantos de la historiografía sobre la Guerra Fría en América Latina, recomendamos el excelente libro de Pettinà, 2018.

- Corvalán, Luis, *Nuestra vía revolucionaria*, Santiago, Imprenta Horizonte, 1964.
- Del Pozo, José, *Historia de América Latina y del Caribe, 1985-2001*, Santiago, Lom, 2002.
- Fernandois, Joaquín, “Chile y la «Cuestión Cubana, 1959-1964»”, *Historia*, 17 (Santiago, 1982): 113-200.
- Fernandois, Joaquín, *Chile y el mundo: 1970-1973: la política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985.
- Foran, John, “Theorizing the Cuban Revolution”, *Latin American Perspectives*, 36/2 (Thousand Oaks, 2009): 16-30.
- Friedman, Jeremy, *Shadow Cold War: The Sino-Soviet Competition for the Third World*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2015.
- Gleijeses, Piero, *Conflicting missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002.
- Goldstone, Jack, *Revolutions: A very short introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2014.
- Guerra, Lillian, *Heroes, Martyrs, and Political Messiahs in Revolutionary Cuba, 1946-1958*, New Haven, CT, Yale University Press, 2018.
- Harmer, Tanya, *Allende's Chile & the Inter-American Cold War*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2011.
- Harmer, Tanya, *Beatriz Allende, A Revolutionary Life in Cold War Latin America*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2020.
- Hart, Armando, *La libertad hay que conquistarla a su precio o resignarse a vivir sin ella*, La Habana, Ediciones Políticas, 1974.
- Haslam, Jonathan, *The Nixon Administration and the Death of Allende's Chile*, Londres, Verso, 2005.
- Kapcia, Antoni, *Cuba: Island of Dreams*, Oxford, Berg, 2000.
- Kruijt, Dirk, *Cuba and Revolutionary Latin America: An Oral History*, Londres, Zed Book, 2017.
- Labarca, Eduardo, *Salvador Allende: Biografía sentimental*, Santiago, Catalonia, 2014.
- Mencía, Mario, *El Moncada: la respuesta necesaria*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2013.
- Moulian, Tomás, “La vía chilena al socialismo: Itinerario de una crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular”, Julio Pinto (ed.), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom, 2005: 35-56.
- Otero, Lisandro, *La situación*, La Habana, Editorial de Arte y Literatura, 1975.

- Otero, Lisandro, *Razón y fuerza de Chile. Tres años de Unidad Popular*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1979.
- Palieraki, Eugenia, *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*, Santiago, Lom ediciones, 2014.
- Pérez, Louis, *To Die in Cuba: Suicide and Society*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2005.
- Pérez Haristoy, Ricardo, *Chile en los archivos del MINREX cubano (1960-1974)*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2019.
- Pettinà, Vanni, *La Guerra Fría en América Latina*, México D.F., El Colegio de México, 2018.
- Pinto, Julio, “Hacer la revolución en Chile”, Julio Pinto (ed.), *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom, 2005: 9-33.
- Quinn, Kate, “Cuban Historiography in the 1060s: Revisionists, Revolutionaries and the Nationalist Past”, *Bulletin of Latin American Research*, 26/3 (Hoboken, 2007): 378-398.
- Riquelme, Alfredo, *Rojo atardecer: el comunismo chileno entre dictadura y democracia*, Santiago, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2009.
- Selbin, Eric, *Revolution, Rebellion, Resistance: The Power of Story*, London, Zed, 2010.
- Stern, Steve, *Recordando el Chile de Pinochet en visperas de Londres 1998*, Santiago, Ediciones Diego Portales, 2009.
- Sweig, Julia, *Inside the Cuban Revolution: Fidel Castro and the Urban Underground*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.
- Thomas, Hugh, *Cuba or the Pursuit of Freedom*, New York, Da Capo Press, 1998.
- Timossi, Jorge, *Grandes Alamedas: el combate del presidente Allende*, La Habana, Ciencias Sociales, 1974.
- Velasco, Eugenio, *Visión de Cuba*, Santiago, Universitaria, 1972.
- Westad, Odd Arne, “The New International History of the Cold war: Three (Possible) Paradigms”, *Diplomatic History*, 24/4 (Oxford, 2000): 551-565.
- Westad, Odd Arne, *La guerre froide globale: le tiers-monde, les États-Unis et l'URSS (1945-1991)*, París, Payot, 2007.

Fecha de recepción: 23 de diciembre de 2020.

Fecha de aceptación: 5 de abril de 2021.

The Cuban Revolution and the ideological challenge of the “Chilean Road to Socialism” (1959-1973)

Through a wide range of unpublished sources (diplomatic files from MINREX and interviews conducted both in Cuba and Chile), this article reflects on the Cuban interpretation of the “Chilean Path to Socialism” embodied by Salvador Allende, who was president between 1970 and 1973. By examining commentary and reports, this paper shows that Cuban interest in the feasibility of Chile’s non-armed route to power predated the UP electoral victory, stretching back to the early 1960s. The path taken by Allende and part of the Chilean left appeared to contradict the features of the Cuban revolutionary narrative, which was shaped by the island’s insurreccional past. A certain pessimism about the chances of success of the “Chilean path” prevailed in Cuba, confirmed by Pinochet’s 1973 coup d’état.

KEY WORDS: *Cuban Revolution; “Chilean Path to Socialism”; Popular Unity; Armed Forces; Cold War; Imperialism.*
